

FIDELIDAD.

Qui fidelis est in minimo, et in majori fidelis est.

Quien es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho.

(Luc. xvi, 10.)

En lo referente á la religion y á la conciencia, no hay cosa alguna tan ténue, que no merezca nuestros cuidados, y no exija una perfecta fidelidad. La fidelidad en cumplir nuestras más leves obligaciones, es la que forma los justos: á esta fidelidad se le ha prometido la perseverancia; y solo á ella deben los santos, que nos han precedido, la corona de inmortalidad de que gozan. Con todo, los fieles consideran las infidelidades diarias y habituales, que parecen inevitables, atendida nuestra corrupcion, como cosas de ninguna importancia y trascendencia en la vida cristiana: nos las permitimos sin escrúpulo: nos conocemos culpables, sin arrepentirnos: nos acusamos de esas faltas, sin ánimo de corregirnos: vivimos, sin valernos de precauciones para evitarlas; y de aquí nacen la negligencia y la pereza en andar por los caminos de la salvacion; negligencia y pereza por las cuales se condenan tantas almas, que, por otra parte, habian nacido con felices disposiciones para el cielo.

Lo que nos engaña en este asunto, es, que no consideramos las infidelidades de que hablo sino con relacion á la ley, cuyos principales puntos no quebrantamos con ellas, y casi nos parecen leves por esta parte; pero esta regla, que forma nuestro juicio, es muy defectuosa, pues la malicia de nuestras obras no se ha de medir solamente por parte de la ley á quien ofenden, sino tambien por parte del corazon que las produce, y de los efectos que de ellas resultan. Hoy, pues, quiero manifestaros, bajo estos dos respectos, las infidelidades leves, y el estado de tibieza y negligencia de que hablo, y me parece que confesareis, que es muy injusta la idea que le atribuis en orden á lo leve de su malicia. Primeramente, examinaré la corrupcion del principio de que nacen estas infidelidades, y conoceréis, que, por lo ménos, es muy impuro: primera reflexion. En segundo lugar, descubriré sus efectos,

y no podreis dejar de confesar, que, tarde ó temprano, han de venir á ser funestas para vosotros: última reflexion. Y así, ya las considereis en su principio, ya las contempleis en sus efectos, no las tendreis por leves, y temblareis de hallaros en un estado tan poco seguro para vuestra salvacion. Manifestemos estas dos importantes verdades. A. M.

1. Solamente con que los hombres formáran de la majestad de Dios la idea que les suministra la fé, no tendria yo necesidad de probar, que nada de cuanto la ofende puede ser leve. La santidad y excelencia de su naturaleza, opuesta á la profundidad de nuestra nada, dá á nuestras infidelidades, por leves que nos parezcan, una enormidad que no conocemos, pero que se aumenta siempre á proporcion de nuestra bajeza y de la grandeza del sér á quien ofendemos. Por eso, hermanos míos, cuando un reino era castigado con plagas, cuando la tierra se tragaba á los murmuradores, cuando el fuego del cielo abrasaba á los temerarios, y cuando mil repentinos y ruidosos castigos servian como de aparato á la majestad del Dios de Abraham para con un pueblo carnal, su ley parecia venerable, aún en sus más leves circunstancias; el recoger ocultamente un poco de leña para el socorro de las propias necesidades, era una transgresion del sábado, y una prevaricacion digna de muerte. Una leve envidia, una sola murmuracion, era castigada con lepra, aún en la misma hermana del conductor de Israel; y un corto botin, reservado de los despojos de Jericó, entregaba al ejército del Señor á las naciones, y le hacia culpado de un delito, que no podia expiar sino con su sangre.

Y á la verdad, si consideramos la grandeza del Sér supremo, ¿podrá nunca parecernos leve lo que le desagrada y ofende? Si Dios atendiera solamente al cuidado de su gloria, y á lo que pide su infinita majestad, ultrajada por la criatura, ¿qué no debiéramos temer, cuando, despreciando sus mandamientos, le desobedecemos, aún en las cosas más leves? No es mi intento confundir aquí las faltas veniales con las mortales; las primeras no hacen más que contristar al Espíritu Santo en nuestras almas; las otras le echan de ellas absolutamente: pero, con todo eso, cualquiera infidelidad, por leve que sea, es, en algun sentido, una injusta preferencia que hacemos de la vil criatura respecto del Criador. Ahora bien; el preferir la criatura á Dios, en cualquiera circunstancia que se halle esta preferencia, y por leve que sea, ¿dejará de ser un ultraje hecho á su Majestad? Y el ultrajar á un sér tan grande, tan santo y tan digno de nuestros respetos, ¿se podrá mirar jamás como cosa de poca importancia, principalmente, si atendemos á que no podemos hallar en nuestro caudal

propio con que expiar ni una sola de estas faltas, que no se pueden lavar sino con la sangre del Hijo de Dios? Pero no es mi intento detenerme hoy en estas consideraciones; quiero considerar estas infidelidades, segun las disposiciones de vuestro mismo corazon en donde nacen. Las reflexiones que me han parecido decisivas acerca de esta tan importante verdad, son las siguientes. Os las pondré con sencillez y sin artificio, y os suplico que las escuchéis con atencion.

Primeramente: desde el instante en que no teneis repugnancia á estas infidelidades leves, y cuando de la simple excepcion de la culpa mortal, esto es, de la tibieza y negligencia, formais como un estado de vida, desde entónces renunciáis al deseo de vuestra perfeccion; no os contristan las flaquezas y caidas, que retardan vuestro camino; no pensais en llegar á aquel punto de perfeccion, que Dios os pide, y hácia el que interiormente os está impeliendo su gracia. No obstante, os está mandado que seais perfectos, porque el Padre celestial, á quien servís, es perfecto.

En segundo lugar; solamente el cuidado que poneis en examinar, si una infidelidad es venial, ó si pasa más adelante; en disputar al Señor todo lo que podeis negarle, sin delito grave, no puede nacer sino de un exceso de amor propio, de un corazon en el que, por lo ménos, están muy entibiadas la fé y la caridad; de un corazon enemigo de la cruz de Jesucristo; de un corazon en el que no parece que reina el espíritu de Dios; porque solamente los hijos pródigos pleitean de este modo con el Padre celestial, queriendo usar con todo rigor de su derecho, y tomar lo que les pertenece.

En tercer lugar; esta disposicion, que hace que nos permitamos todo lo que no nos parece digno de una pena eterna, es disposicion de esclavos y mercenarios. Es decir, que si pudiéramos esperar igual perdón respecto de la transgresion de los puntos esenciales de la ley, los quebrantaríamos con la misma facilidad que quebrantamos los ménos esenciales. Es decir, que somos fieles al precepto, no por amor á la justicia, sino por temor de la pena; no intentamos agradar al Señor, sino á nosotros mismos: porque cuando solamente se trata de los intereses de su gloria, sin que nos pueda resultar daño alguno de nuestras infidelidades, no tememos desagradarle, hallamos excusa para estas faltas leves, diciendo que no dan la muerte al alma; esto es, que no hacen más que desagradar á Dios, sin que por ellas nos hagamos reos de pena eterna: no nos mueve la gloria del Señor, no contamos con su honor en la distincion que hacemos entre las obras permitidas y las prohibidas; solamente nuestro interés sirve de regla á nuestra fidelidad en esta parte. Ahora os pregunto; ¿puede ser este el estado

de una alma que aún ama á su Dios? ¿Qué nombre hemos de dar á una disposicion que es tan injuriosa á su Majestad? ¿No puede temerse que sea culpable? ¡Ah! al que ama de veras, le interesa todo lo que desagrada al objeto amado, no cuida de indagar hasta qué grado podrá ofenderle sin merecer sus castigos, para tomar de este modo sus medidas, cuando de la ofensa no le puede resultar temor de experimentar sus iras. Estas cuentas nacen de un corazon que no ama de veras.

En cuarto lugar; aunque sea cierto, que no todos los pecados dan muerte al alma, como dice S. Juan, y que la moral cristiana reconoce algunas faltas que no hacen más que contristar al Espíritu Santo, y otras que le destierran absolutamente del alma; con todo eso, las reglas que nos dá para distinguir las, no pueden ser ni seguras, ni universales, cuando se aplican á alguna determinada accion. Siempre se hallan en nosotros algunas circunstancias que las hacen mudar de naturaleza. La disposicion del corazon es quien decide de la medida y cualidad de nuestras faltas; muchas veces, lo que en un justo no es más que fragilidad ó inadvertencia, es malicia y corrupcion en el pecador. ¿Queréis algunos ejemplos de esta verdad? Saul perdona, contra la orden del Señor, al rey de Amalec, y á todas las cosas preciosas que halló entre los despojos de aquel príncipe infiel; esta culpa no parecia muy grave; pero como nacia de un espíritu de soberbia, de desobediencia y de vana complacencia de su victoria, fué este el primer paso de su reprobacion, y se retiró de él el Espíritu de Dios. Al contrario, Josué perdonó á los gabaonitas, que le habia mandado exterminar el Señor; no consulta á su Majestad delante de la arca ántes de hacer alianza con aquellos impostores; pero como esta infidelidad, más fué inadvertencia que desobediencia, y como esta falta nacia de un corazon que aún era humilde, religioso y fiel, la mira Dios como leve, y el perdón sigue inmediatamente á la ofensa. Pues si es indefectible este principio, amados oyentes míos, ¿en qué os fundais para tener por faltas leves vuestras infidelidades? ¿Conocéis bien toda la corrupcion de vuestro corazon de donde nacen? Solo Dios las conoce, que es el escrutador y el juez, cuya vista es muy diferente de la del hombre.

En quinto lugar; lo que debe aún haceros temblar más por vuestro estado de tibieza y negligencia, es el que no se vé en vosotros cosa alguna de que se pueda inferir, que aún permanece en vosotros aquella gracia santificante con que contais, porque os absteneis de los delitos más enormes; pues cuando aún habita la caridad en el corazon, siempre se manifiesta por algunas señales. La caridad es un árbol, cuya

raiz está oculta en el alma, pero se deja conocer por sus frutos. La caridad abulta á nuestra vista nuestras propias faltas, las aumenta y exagera. Hace que miremos como delitos unas acciones que, en la presencia de Dios, no son más que puras flaquezas; estos son unos piadosos engaños de la gracia, que tienen su principio en las mismas luces de la fé; de este modo, los justos se miran como pecadores indignos de la misericordia de Dios, y se tienen por los más infelices de todos los hombres. Y con todo eso, amados oyentes míos, esa falsa caridad, que aún os parece conservar en medio de vuestra tibieza y de todas vuestras infidelidades, es la que hace que éstas os parezcan leves, porque os persuade á que realmente aún amais al Señor, y que no quereis ofenderle en los puntos esenciales, y por eso haceis tan poco caso de esas faltas diarias; por eso decís vosotros mismos, que, aunque es verdad que no sois santos, pero que tampoco sois perversos; vuestra misma caridad es la que os asegura, la que minora á vuestra vista vuestros defectos, la que os tranquiliza y adormece. Pero decidme, ¿no es esto una contradicción? ¿No se desmiente de ese modo á sí misma la caridad? ¿Podreis fiar mucho de un amor, que tanto se parece al aborrecimiento?

Por otra parte, la caridad es humilde; siempre está inquieta con aquellas piadosas ansiedades que la dejan con duda acerca de su estado; siempre asustada con aquellas delicadezas de la gracia, que la hacen temblar en cada acción; que de la incertidumbre en que la ponen, la forman una especie de martirio, que la purifica; obra su salud con temor y temblor; este ha sido en todos tiempos el camino de los justos; pero la caridad, de que vosotros os fiáis, es tranquila, negligente y presuntuosa; sosiega vuestros temores, destierra de vuestro corazón todos aquellos sustos inseparables de la virtud; os pone en un estado de paz y de confianza, que os hace decir, como aquel obispo del Apocalipsis: soy rico y no necesito de nadie. ¡Ah, amados oyentes míos! ¿puede la caridad diferenciarse tanto de sí misma? Una de estas dos caridades es preciso que sea falsa, ó la que creéis tener vosotros, ó aquella con que han sido favorecidos hasta ahora los justos de todos los siglos. Determinad ahora vosotros mismos, sobre cuál de las dos debe caer la sospecha.

Finalmente, la caridad no puede estar ociosa, dicen los santos Padres; es un fuego celestial, cuya actividad no hay cosa que la pueda impedir. Es verdad que, algunas veces, puede estar cubierto y como amortiguado por la multitud de nuestras flaquezas; pero mientras que no esté apagado del todo, siempre despide algunas centellitas de deseos, de suspiros, de esfuerzos y de buenas obras. Los sacramentos, la

renuevan, los misterios santos la animan, las oraciones la despiertan, la lección de los libros piadosos, las instrucciones de la eterna salud, los espectáculos de la religión, las santas inspiraciones, todo la aviva, cuando aún no está apagada. A vosotros nada hay que os anime; los sacramentos, que frecuentais, dejan en vosotros toda vuestra tibieza; la palabra del Evangelio, que oís, cae en vuestro corazón como en una tierra árida, en la que produce algunos vanos deseos, pero queda inmediatamente sofocada. ¡Ah, amados oyentes míos! cómo temo que esté apagada, y que vosotros esteis muertos á la vista del Señor! Yo no pretendo turbar vuestras conciencias, pero os digo, que vuestro estado no es seguro; y que si hemos de juzgar por las reglas de la fé, es mucho más verosímil que os hallais en desgracia de Dios y aborrecidos de su Majestad. Veamos, ahora, los defectos, que infaliblemente resultan de la tibieza y del hábito de vivir en las infidelidades leves, y confesareis que, aún cuando fuera dudoso el si aún conservais la caridad ó si la habeis perdido, es cierto que, en este estado, no la podreis conservar por mucho tiempo.

2. El que desprecia las cosas pequeñas, caerá, poco á poco, en las grandes, dice el Espíritu Santo. Esta es una de las más indefectibles máximas de la religión. La fidelidad del justo es efecto de los continuos auxilios de la gracia; pero también es el principio de estos auxilios. La gracia obra la fidelidad del justo; pero la fidelidad del justo atrae la gracia á su alma: si dejais de corresponder, se suspende; si os entibiais, también Dios se detiene; si os ceñís á aquellas obligaciones indispensables, que no le podeis negar, sin haceros reos de las eternas penas, también el Señor se ceñe para con vosotros á aquellos socorros generales, con los que no adelantareis mucho, y con los que nunca permaneceréis fieles en la tentación. El Señor se retira de vosotros, según vosotros os vais retirando de él; y vuestra fidelidad en servirle, es la medida de la gracia con que os protege. Pues ¿de qué te quejas, alma infiel, cuando el Señor se porta contigo de este modo? Entra en juicio con tu Señor, y mira si es justo su modo de proceder. Tú no cuidas de agradarle; tampoco el Señor cuida de favorecerte. No solamente nos privan estas infidelidades leves de los auxilios actuales, necesarios para la conservación de la justicia, sino que, por consecuencia necesaria, amortiguan también la caridad, que aún habita dentro de nosotros; van socavando, poco á poco, este hábito de santidad, y, por último, dan en tierra con todo el edificio cristiano, y son unas espinas, que se multiplican, poco á poco, hasta que cubren todo el campo y ahogan la buena semilla.

Habreis oído decir, que estas infidelidades leves, por muchas que

sean, nunca pueden llegar, por sí solas, á aquel fatal punto en que consiste la culpa mortal, que destruye absolutamente la gracia. Pero ¿qué se sigue de ahí? ¿Se sigue, acaso, que no arruinen toda la fuerza del alma, que no debiliten todas sus potencias, que no minoren su fé, que no entibien su esperanza, que no introduzcan, hasta lo más íntimo de ella, una simiente de corrupcion, que, á su tiempo, ha de producir frutos de muerte? ¿Se sigue, acaso, que la caridad, semejante á un sagrado fuego, no se gaste ni consuma por sí misma, cuando no se cuida de mantenerla?

Además; en este estado de infidelidad, todos los dias adquiere nuevas fuerzas la concupiscencia; y á proporcion que favoreceis al amor propio, con no negarle ninguno de aquellos alivios que le podeis permitir sin culpa grave, le acostumbrais, poco á poco, á que no pueda pasarse sin todo aquello que le lisonjea; fortificais todas las corrompidas inclinaciones de vuestra alma, o poneis nuevos obstáculos al cumplimiento de todos los preceptos, os haceis más penosa la ley de Dios, no solamente porque teneis que cumplirla y llevar el yugo, sin aquella gracia que le suaviza y que solamente es recompensa de la fidelidad, sino tambien, porque habeis dejado crecer todas las inclinaciones que se oponen en vosotros á la ley de Dios: de modo que el cumplir el precepto, en la ocasion en que obliga la ley, es para vosotros una montaña inaccesible.

Pero el que siempre está trabajando para minorar los movimientos de la concupiscencia, padece ménos, cuando tiene necesidad de sujetarse á la ley; se halla con un corazon dócil y una voluntad ya dispuesta con el largo ejercicio de la mortificacion; tantas pequeñas victorias como habia conseguido, le facilitan el conseguir otras; el continuo uso de la abnegacion en las ocasiones más leves, le han familiarizado tan santamente con la mortificacion cristiana, que, cuando se halla en la ocasion de obligarle el precepto, casi le costaria más trabajo el ser infiel, y tendria que hacerse más violencia, que para cumplir con la ley.

No solamente es más difícil el precepto en este estado para el alma tibia, sino que tambien halla más facilidad para la culpa: no halla en ella más dificultad que una ofensa leve; nueva razon con que se prueba, que este estado no tarda mucho en conducir al pecado que mata al alma. Y á la verdad, el corazon, con la repeticion de estas ofensas leves, llegando, como por otros tantos grados insensibles, hasta aquellos peligrosos límites, que no separan más que un punto la vida de la muerte, dá el último paso, casi sin conocerlo; como le quedaba poco camino que andar, y no tuvo necesidad, por decirlo así, de hacer nuevos esfuerzos, le parece, que no ha pasado más adelante que otras

veces; habia puesto en su interior unas disposiciones tan vecinas á la culpa, que ya pare el pecado sin dolor, sin trabajo, sin movimiento alguno notable, y sin conocer él mismo el fruto de muerte que produce. Y lo que aún hace más terrible el estado de que hablo, es, que, regularmente, quedamos en él muertos á la gracia, sin saberlo; somos enemigos de Dios, al mismo tiempo que estamos viviendo con su Majestad como amigos é hijos. ¡Gran Dios! ¡cuántos falsos justos quedarán admirados, cuando vengais á manifestar los secretos de los corazones y los consejos de las conciencias!

Registrad el origen de vuestros desórdenes, y le hallareis en las culpas leves, en haber despreciado un pensamiento de deleite, en haber frecuentado la ocasion del peligro, en haber usado muchas veces de una libertad dudosa, y en haber omitido los ejercicios de la piedad; la fuente es casi imperceptible, pero el rio, que de ella sale, ha inundado toda la tierra de vuestro corazon. Este es el artificio del demonio, amados oyentes míos; nunca propone la culpa grave al primer golpe. Conoce muy bien los caminos por donde puede entrar en el corazon humano; sabe que es preciso asegurar, poco á poco, la conciencia tímida contra el horror de la iniquidad, y no proponerla, desde luego, sino unos fines honestos, con ciertos límites en el deleite; nunca acomete al principio como leon, sino como serpiente; nunca guia en derechura al vicio, sino que nos lleva á él por rodeos. No: el corazon nunca empieza por las culpas graves. David fué indiscreto y ocioso, ántes de ser adúltero. Salomon se dejó corromper de las delicias de su reino, ántes de presentarse en público en medio de las mujeres extranjeras. Judas fué aficionándose al dinero, ántes de vender á su maestro. Pedro, presumido, ántes de negarle. El vicio tiene sus grados como la virtud; y hay muy corta distancia entre las infidelidades que suspenden la gracia, que fortifican las pasiones, ó que nos inutilizan los socorros de la piedad, y las que nos la hacen perder del todo. Y así, vuelvo á repetir, lo que puede conducir al pecado y á la muerte, ¿cómo puede pasar por leve en el espíritu de un cristiano deseoso de su eterna salud? Pero, sobre todo, amados oyentes, aún cuando se os concediera, que son leves esas infidelidades, ¿qué adelantariais con ellas para vuestra justificacion? Por eso mismo sois ménos dignos de perdon, cuando os las permitís con plena deliberacion. Cuanto más leves son, ménos trabajo debe costaros el evitarlas. ¡Ah! si se os pidieran unas acciones heróicas, seria preciso que os excedieseis á vosotros mismos, y ó morir, ó vencer. Pues ¿qué podreis alegar para no ser fieles en vuestras más leves obligaciones? ¿No os estais condenando por vuestra propia boca? Cuando Naaman, indignado de que el

Profeta no le mandaba dar otro remedio, para sanar de su lepra, que el que se bañase en las aguas del Jordan, se retiraba, despreciando al hombre de Dios, como si su salud no pudiera ser efecto de un remedio tan fácil; le sosegaron los de su comitiva, diciéndole: Señor, si el hombre de Dios os hubiera mandado cosas difíciles, sin duda le hubierais obedecido; pues ¿por qué no os habeis de sujetar á sus órdenes, cuando, para que consigais vuestra salud, no os manda más que una cosa tan fácil, como que vayais á bañaros en las aguas del Jordan?

Y ved aquí, amados oyentes míos, lo mismo que yo os digo para concluir este discurso. Vosotros habeis abandonado el mundo, y los ídolos que en él adorabais en otro tiempo; solamente os falta un paso que dar; no se os pide más que un poco de vigilancia sobre vosotros mismos. Si aún no hubierais hecho los primeros sacrificios de vuestras culpables pasiones, y fuera esto lo que se os pidiese, no os detendriais; los hariais, por mucho que os costase. Y ahora, que solamente se os pide un sacrificio leve, unas simples purificaciones, que casi no se os pide más que lo mismo que haceis, aunque ejecutado con más fervor, con más fe y con más vigilancia, ¿podreis tener excusa en dejarlo de hacer? ¿Por qué habeis de hacer inútiles vuestros primeros esfuerzos con esas leves infidelidades? ¿Por qué habeis de haber renunciado al mundo y á sus culpables deleites, para hallar en la piedad el mismo escollo, que creisteis haber evitado con salir de los caminos de la iniquidad? ¿No sois dignos de lástima, si despues de haber sacrificado á Dios lo principal, os perdeis por disputarle mil cortos sacrificios, mucho ménos penosos al corazon y á la naturaleza? Acabad, Señor, en nosotros la obra que ha empezado vuestra gracia; triunfad de nuestra lentitud y de nuestras flaquezas, ya que habeis triunfado de nuestros delitos; dadnos un corazon fervoroso y fiel, pues nos habeis quitado un corazon culpado y disoluto; inspiradnos aquella buena voluntad, que constituye justos, pues habeis extinguido en nosotros la voluntad rebelde, que constituye á los grandes pecadores. No dejeis, Señor, imperfecta nuestra obra; hacednos dignos de la recompensa y de la vida inmortal, que solamente está prometida á los que perseveraren fieles, tanto en las cosas pequeñas, como en las grandes. Amen.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

FIDELIDAD.—Debemos ser fieles á las promesas que hicimos en el bautismo.

Debemos ser fieles á las condiciones bajo las cuales hemos sido absueltos en el tribunal de la penitencia.

Debemos ser fieles á las obligaciones de nuestro estado particular.

FIDELIDAD.—La fidelidad que Dios nos pide, consiste en que hagamos uso de todas las gracias que recibimos.

La fidelidad que Dios nos pide, consiste en que cultivemos el alma que nos ha dado.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

<i>Qui timet Deum, nihil negligit.</i> Eccles. vii, 19.	Quien teme á Dios de nada descuida.
<i>In pigritiis humiliabitur congnatio.</i> Id. x, 18.	Por pereza se desplomará la techumbre.
<i>Qui spernit modicam, paulatim decidet.</i> Eccles. xix, 1.	Poco á poco se arruinará el que desprecia las cosas pequeñas.
<i>Lapis qui percusserat statuam, factus est mons magnus.</i> Dan. ii, 35.	La piedra que habia herido á la estatua, se hizo una gran montaña.
<i>Decet nos implere omnem justitiam.</i> Matth. iii, 15.	Conviene que nosotros cumplamos toda justicia.
<i>Euge serve bone, et fidelis, quia super pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam.</i> Matth. xxv, 21.	Muy bien, siervo bueno, diligente y leal; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho.
<i>Qui fidelis est in minimo, et in majori fidelis est: et qui in modico iniquus est, et in majori iniquus est.</i> Luc. xvi, 10.	Quien es fiel en lo poco, tambien lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, tambien lo es en lo mucho.
<i>Id quod in presenti est momentaneum, et leve tribulationis nostrae, supra modum in sublimitate, aeternum gloriae pondus operatur in nobis.</i> II Cor. iv, 17.	Las aflicciones, tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria.
<i>Ecce quantus ignis quam magnam silvam incendit.</i> Jacob. iii, 5.	Mirad un poco de fuego cuán grande bosque incendia.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA SOBRE ESTE ASUNTO.

Desde el principio del mundo, nos enseñó Dios el aprecio que debemos hacer de todo lo que se refiere á él, de todos sus preceptos y consejos, por insignificantes que nos parezcan. ¿Qué cosa más leve, al parecer, que la materia del precepto que Dios impuso al primer hombre, si bien su fin era de inmensa importancia? Pero, observando Adán la materia del precepto, que era la abstinencia, habría salvado también el fin altísimo que Dios se propuso al intimárselo, y se hubiera librado de tantas y tan profundas calamidades en que, por su prevaricación, incurrió todo el género humano.

¿Qué vale un poco de agua fría, por más que sea de una fuente medicinal y apreciadísima? De sí, vale muy poco; pero en el corazón del hombre, que por obsequio á Dios se priva de ella en determinadas circunstancias, vale mucho. La Escritura alaba en gran manera á David, por haber ofrecido al Señor el agua de la cisterna de Belén, que sus fieles soldados habían ido á buscar en medio de mil peligros, para apagar la sed abrasadora de su rey; y considerando David todo esto, se abstuvo de beberla, y la vertió; pero *libavit eam Domino*. (I REG. 23).

El Espíritu Santo, al hacer un elogio de la mujer fuerte, no cita, como lo esencial de su panegírico, actos heroicos, como los de Judith y Débora, sino las acciones comunes, los quehaceres domésticos, los desvelos por la familia, el amor al trabajo; cosas todas en las cuales consiste la obligación, primera virtud, que debe llamar nuestra atención en todos los actos de esta vida: *Digiti ejus apprehenderunt fusum* (PROV. 31): ved qué ocupación, al parecer, tan ténue! No obstante, es una de las que corresponden á una mujer cabeza de familia, y en su cumplimiento le es más fácil santificarse, que en otras obras de grande importancia, pero impropias de su estado y condición.

Naaman se enojó contra el profeta Eliseo, que, para curar de la lepra, le había ordenado lavarse siete veces en el Jordán: y creyó que el profeta se había burlado de él: de tan poca importancia le parecía aquel remedio. Pero habiéndolo ejecutado por consejo de su criado, experimentó sus efectos, y alcanzó la curación apetecida (IV REG. 5). Lo mismo sucede á muchos cristianos orgullosos: desprecian los remedios que les dá un celoso confesor, bajo el pretexto de que son ya sabidos y ordinarios, y no ven curadas sus enfermedades espirituales.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

In minimis probandum est conflictibus, quam viriliter in majori certamine stare possumus. S. Ambros. lib. 4, Offic. cap. 19.

En las pequeñas contradicciones debemos juzgar del valor con que resistiríamos los grandes combates.

Nescio an possimus leve aliquid peccatum dicere, quod in Dei contemptum admittitur. S. Hieron. Epist. ad Coelant.

No comprendo como podemos llamar leve cualquier pecado que cometemos, en menosprecio de Dios.

Nihil est minutum, quod Dei causa fiat: sed grande, el ejusmodi, quod caelum nobis et caelestia dona conciliet. S. Basil. Const. Monast. c. 24.

Lo que se hace por Dios, nunca es cosa pequeña, sino grande, y tan grande, que nos proporciona los dones divinos y despues la gloria.

Parva petens, maxima redditurus. S. Crysost. Serm. 5.

Dios nos pide cosas pequeñas para darnos otras muy grandes.

Mos Dei est dare magna pro parvis; Dominus noster non quantum detur consuevit attendere, sed voluntatis largitatem, et ob hoc etiam parva magni facit. S. Chrysost. Hom. 42 in Genes.

Suele Dios darnos grandes premios por pequeños servicios; pues que nuestro Señor no atiende á lo poco ó mucho que se le dá, sino á la generosidad con que se le dá; y por eso estima en mucho las cosas pequeñas.

Præcavisti magna, de minimis quid agis? An non times minuta? Projecisti molem, vide ne arena obruaris. S. August. in Psalm. 29.

Te has guardado de grandes caídas; ¿cómo te portas con las pequeñas? ¿Acaso no las temes? Mira que despues de haber sacudido una peña no te aplaste la arena.

In minimo fidelem esse maximum est. S. Aug. lib. 4. de Doct. Christ.

Es muy buena señal la fidelidad con las cosas pequeñas.

Justi parvis actionibus magis Deum placant ac flectunt, præ nonnullis qui multa faciunt. S. Ephrem. Serm. de Poenit.

Los justos aplacan y desarmán más á Dios con obras al parecer insignificantes, que muchos otros con sus actos importantes.

Si curare parva negligimus, insensibiliter seducti, etiam ma-

Cuando descuidamos ser fieles en lo poco, preocupados insensi-

Jora audenter pertractamus. S. Gregor. lib. 20 Moral. cap. 9.

Sicut paulatim homo à minimis vitiis in maxima proruit, ita à modicis virtutibus gradatim ad ea, quæ sunt excelsa, contendit. S. Isidor. lib. 2.

Ubi minima districte custodiuntur, ibi vigor ordinis permanet: ubi vero minimi excessus negliguntur, ordo paulatim dissipatur. S. Anselm. lib. 5, epist. 49.

Ne quis parva reputet quamlibet parva, si scienter delinquere convincatur. S. Bernard. Serm. de Convers. S. Pauli.

Véase: PECADO VENIAL.
FIELES; véase: APOSTOLADO DE LOS FIELES.

FIESTAS.

(SU OBSERVANCIA ES DE PRECEPTO DIVINO.)

Si circumcisionem accipit homo in sabbato, ut non solvatur lex Moysi; mihi indignamini quia totum hominem sanum feci in sabbato?

Si un hombre es circuncidado en sábado, para no quebrantar la ley de Moisés: ¿os habeis de indignar contra mí, porque he curado á un hombre en todo su cuerpo en sábado?

(S. JUAN. VII, 23.)

Nosotros debemos á Dios el culto interno y externo, por ser criador de nuestra alma y de nuestro cuerpo; pero ¿en qué consiste la

diferencia de estos cultos? Adoramos á Dios interiormente, si conociendo, que todo lo hemos recibido de su mano, deseamos emplearlo todo pronta y fervorosamente en lo que pertenece á su servicio; y esta es la única y verdadera devocion: y tambien, si persuadidos á que de él solo depende el remedio de nuestras necesidades, se lo pedimos, no con los labios, sino precisamente con el corazon: esto es lo que se llama oracion, y debe ser, en todo caso, humilde, fervorosa, confiada y perseverante. Le adoramos exteriormente, arrodillándonos en su presencia, ó protestando nuestra sumision por medio de alguna de las ceremonias instituidas al efecto: de éstas las principales son el sacrificio, en que se mata la víctima, para significar, que solo Dios es dueño de la vida y de la muerte; la oblacion, en que se ofrece á Dios, sin destruir, lo que de él hemos recibido, como son los frutos de la tierra; el voto, en el que, para significar que todo le es debido, le ofrecemos irrevocablemente hacer alguna cosa que sea más de su agrado; el juramento, en que le ponemos por testigo de lo que decimos, dando á entender, que es la verdad por esencia; la abjuracion, por la que nos valemus de su santo nombre para obligar á otro á que haga ó deje de hacer alguna cosa; el cántico de alabanzas y accion de gracias, en que declaramos, que sus excelsos atributos merecen ser alabados, y que su benéfico poder nos obliga á ser agradecidos.

Los cristianos no estamos obligados á ejercer siempre todos estos actos de religion; pero, sí, algunos de ellos, segun lo exijan las circunstancias, porque debemos adorar á Dios interior y exteriormente; que es en lo que consiste la esencia de nuestra Religion. Hay, por ejemplo, ciertos dias destinados al culto del Señor, y en ellos precisamente debemos ocuparnos en alguna de estas ceremonias: tales son los dias festivos. Es verdad que Dios, como criador que es, no solo de nuestro cuerpo y alma, sino de todos los tiempos y lugares, pudiera exigir justísimamente de nosotros, que todo lo empleáramos en honor suyo; sin embargo, en extremo liberal y condescendiente con el hombre, deja á su disposicion seis dias de la semana, para que en ellos pueda hacer lo que le parezca oportuno en orden á los negocios temporales, reservando para sí uno solo: éste, entre los hebreos, era el sábado; entre nosotros, el domingo. Por desgracia, ni ellos ni nosotros observamos del modo debido este precepto. Los judíos lo tomaban tan á la letra, que viendo que en el sábado se les prohibian las obras serviles, escrupulizaban hasta ocuparse en aquellas, que, con propiedad, pertenecen á la virtud de la Religion. Pero les declara Jesucristo el verdadero sentido, cuando los reprende, porque se escandalizaban de que él hubiera ejecutado una obra de misericordia, cual fué la cura-